

Tres biografías que tendrán que esperar

Enrique López Viejo: Tres rusos muy rusos. Herzen, Bakunin y Kropotkin
(Melusina, Barcelona 2008). 375 páginas.

“Cuando Karl Marx sustituyó a Herzen y Bakunin como la figura más prominente de la Europa revolucionaria, empezó realmente el amanecer de una nueva era. La incolora y respetable monotonía de Marx ya ofrece un sorprendente contraste con la abigarrada diversidad de la vida de los exiliados románticos. En éstos, el Romanticismo halló su postrera expresión; y aunque sobrevivió en Rusia un puñado de osados terroristas y en Europa otra de pintorescos anarquistas, el movimiento revolucionario adquirió, mas y más, a medida que avanzaba los años, las serias, dogmáticas y realistas características de los últimos tiempos victorianos. Y con la persona de este típico savant victoriano, Karl Marx entró en una nueva fase cuya vitalidad todavía no se ha agotado”

Con este párrafo cerraba el historiador marxista británico Edward Hallett Carr su obra *Los exiliados románticos* (Bakunin, Herzen, Ogarev), obra más corta que la biografía que el mismo autor había dedicado al anarquista ruso Mijaíl Bakunin. Solo esto, unido a los buenos trabajos de Max Nettlau y al bosquejo biográfico que James Guillaume hace de Bakunin, poco más se había escrito del anarquista ruso. Lo mismo de Alexandr Herzen, cuya vida se reconstruye en una autobiografía, y otro tanto de Kropotkin, cuya obra más famosa es la que se debe a Woodcock y Avakumovic, editada en España en 1978 con el título *El príncipe anarquista: estudio biográfico de Piotr Kropotkin*. Excepto trabajos más generales sobre el anarquismo ruso, algunos sobre la etapa revolucionaria europea u obras sobre el pensamiento de Bakunin y Kropotkin (como las de Pedro B. Cano), nada se había escrito al respecto.

Enrique López Viejo nos ofrece en un solo volumen un compendio de tres biografías que nos acerca a la vida de Alexandr Herzen, Mijaíl Bakunin y Piotr Kropotkin. Pero sin embargo poco nuevo aporta a estas tres figuras. Muy por le contrario el libro, realizado a través de la bibliografía antes reseñada, viene a redundar en cuestiones ya superadas o en

imágenes estereotipadas, sobre todo de Bakunin, que ya escribió Carr. Y esto lejos de que López Viejo defienda en ningún momento la figura de Marx, tal como hace Carr. Pero el autor del libro *Tres rusos muy rusos* se limita a repetir lo que otros autores ya han dicho, lo único que aglutinándolo en un solo volumen y haciéndolo así más accesible.

Por ello el tratamiento de estas tres figuras, trascendentales para el desarrollo revolucionario del siglo XIX y personalidades que hacen forjar movimientos de transformación durante todo el siglo XX, no han sido adecuados y van a tener que esperar a una nueva oportunidad para tener una biografía en condiciones.

Siguiendo un eje cronológico la primera figura es Herzen, uno de los forjadores del populismo ruso, figura puntera en la Europa de mitad del siglo XIX e impulsor del periódico *La Campana*. Herzen es fundamental para entender movimientos interiores en Rusia como el populismo, del que se nutren idearios como en el de Narodnaïa Volia o el del posterior Partido Social-Revolucionario. Junto con Nicolás Ogarev, es un personaje a estudiar y del que hoy poco sabemos, excepto lo que nos dejó en su autobiografía.

Sin embargo, de los tres personajes el que sale peor parado en la obra es Bakunin. La redundancia de que Bakunin era un fumador empedernido, una personalidad desordenada, un deudor por doquier, etc., la plasma constantemente López Viejo en el libro. En alguna ocasión, y siguiendo la dinámica de E. H. Carr, López Viejo contrasta la vida que plasma de Bakunin con un Marx escribiendo en el Museo Británico sus obras filosóficas.

Bien es cierto que la obra filosófica de Bakunin no es tan depurada como la de Marx. Pero también es cierto que lejos de toda personalidad extravagante que se le quiera atribuir al anarquista ruso, su pensamiento forjó un movimiento duradero, donde en lugares como España o Italia, fue mayoritario dentro del movimiento obrero. Multitud de internacionalistas españoles, italianos, franceses y de diversos lugares vieron en el modo de funcionamiento de Bakunin lo más apropiado para el desarrollo de las sociedades obreras y del movimiento revolucionario. Eso en ningún momento queda reflejado en la obra. Muy por el contrario el autor prefiere reseñar la impotencia sexual del personaje, sus “locuras” revolucionarias y cómo sus amigos se apiadaban de ese revolucionario que lo único

que les pedía era dinero. Es probable que la vida personal de Bakunin no fuera un ejemplo a seguir. Pero esas valoraciones están lejos de cualquier estudio serio que quiera aproximarnos al desarrollo y expansión de los movimientos obreros europeos del siglo XIX. Bakunin fue un verdadero dinamizador, vehemente y analista de la situación del momento, que como todo ser humano, tuvo sus aciertos y sus errores. Incluso si somos justos en esta línea, la vida personal de Marx tampoco fue un ejemplo. Sus orígenes de juerguista en Tréveris y su relación con Engels, con algún episodio escabroso con una de las sirvientas del inglés de su inseparable amigo, parece que son una realidad. Pero no entra en ningún momento en dichas actitudes para valorar la figura de Marx, como impulsor de sociedades y asociaciones obreras, que darán lugar a partidos políticos y a movimientos revolucionarios que fueron trascendentales para el devenir de la sociedad contemporánea. En esa misma medida Bakunin necesita una biografía. Igualmente destaca el caso de Nechaev, anécdota entre las anécdotas. O la insistencia de que Bakunin fue esclavista, cuando el objetivo de este eslavismo era la lucha contra el zarismo. Y que el propio Bakunin corrigió al ver que fue un modo de lucha que no llegaba al objetivo planteado. Por no hablar de la importancia que se da a documentos como la “Confesión de Bakunin” realizada bajo presión y en una situación realmente lamentable para el anarquista ruso. ¿Por qué no se habla del impulso ideológico de Bakunin en la Internacional? ¿Cuál es la razón entonces para que un pensamiento tan “desordenado” y “disoluto” funde uno de los movimientos más importantes en la historia del mundo contemporáneo?

En lo que respecta a Kropotkin, su actividad sí es tratada por el autor con admiración, si bien deja claro que frente a ese modelo de evolución de Kropotkin, él se queda con Darwin. Para gustos los colores. Kropotkin es, con toda probabilidad, uno de los pensadores más importantes del anarquismo. Sus trabajos geográficos (junto con los de los hermanos Reclus) y sus trabajos sociales son de un análisis exhaustivo. Aun así el autor en esta parte cae en errores históricos bastante graves. En la página 357 afirma que el origen de los bolcheviques y los mencheviques se sitúa en el Partido Social-Revolucionario, al que tilda de marxista. Nada más lejos de la realidad. Bolcheviques y mencheviques nacen en 1903 del congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, partido marxista

con dirigentes como Lenin o Plejanov. El PSR es un partido más cercano al populismo de Herzen y para nada marxista, nacido en 1900 y que tiene también una división posterior entre eseristas (social revolucionarios de derechas) y social revolucionarios de izquierdas.

Y enganchando con esto partimos de la mayor crítica que se le puede hacer al libro. Las valoraciones sobre los personajes son personales y no quiero entrar en ella. Pero la obra está carente de un contexto social y político de la época, confunde términos, tendencias e ideas, mezcla anarquistas con nihilistas y con populistas, etc. No es posible que sitúe en un mismo barco a Bakunin o sus ideas con movimientos como Septiembre Negro, en Serbia, donde Gavrilo Prinzip asesina en 1914 al archiduque Francisco Fernando de Austria. La que mal se llamó “propaganda por el hecho” de finales del siglo XIX nada tiene que ver con los movimientos nacionalistas que tienden al terrorismo como el citado de Serbia. Esto es querer confundir las cosas o por el contrario no conocerlas. Para hablar de Herzen, Bakunin o Kropotkin hay que entender su época, marcar las diferencias y las semejanzas entre las ideas, establecer un buen contexto histórico y luego investigar sobre los personajes. Una buena investigación, una biografía que aporte cosas nuevas, precisa de un estudio de las fuentes primarias, de los archivos que en los países donde estos personajes se exiliaron o estuvieron encarcelados se puedan revisar. Todo lo demás es escribir sobre lo ya escrito y nada va a aportar a sus figuras sino redundar en lugares comunes de los cuales hay que alejarse.

Desgraciadamente Alexandr Herzen, Mijaíl Bakunin y Piotr Kropotkin todavía tendrán que esperar para tener una biografía en condiciones.

Julián Vadillo Muñoz

Flor O'Squarr: Los entresijos del anarquismo

(Melusina, Barcelona 2008). 221 páginas.

Flor O'Squarr es sólo un pseudónimo de alguien que vivió hace cien años. Sin embargo asistimos este año de 2008 a la reedición en castellano

de uno de sus libros, *Los entresijos del anarquismo*, que se publicó por primera vez en Francia en 1892. No es una fecha fortuita, desde luego. De 1892 a 1894 se desarrolló en Francia una gran actividad terrorista dentro de la lógica de “la propaganda por el hecho” que propugnaba y practicaba una parte del anarquismo francés de la época. Así pues el libro es hijo de su tiempo, ya que Flor O’Squarr lo escribió con idea de mostrar al anarquismo como una gran amenaza violenta que había que conocer para eliminarla. Una visión sin duda desde la única óptica del que es un declarado contrario. Flor O’Squarr era un periodista belga que llegó a ver la oleada de atentados desde la posición privilegiada que le otorgaba su profesión, mientras que por otra parte él mismo practicaba otro tipo de violencia que no parecía deplorar, era aficionado a los duelos en su tiempo libre. La editorial Melusina reedita el mencionado libro a sabiendas de todo esto y, según se escribe en su contraportada, intentando relacionarlo con el terrorismo internacional del extremismo islámico, cuyo máximo exponente fue los atentados contra las Torres Gemelas de New York en 2001. Si uno tiene en cuenta tan sólo los términos del terrorismo en sí, los que implican matar o destruir, dañar en general, con un X determinado propósito, sin importar cual sea éste, sin duda como dice el libro se pretende demostrar que no hay nada nuevo bajo el Sol, pero si se hace una comparación más pensada sobre esos X motivos, y que otros X factores sociales e históricos había, se encontrará que una reedición de este documento bajo esa excusa es un despropósito descabellado, otra cosa sería tan sólo reeditararlo por su valor intrínseco en cuanto a la Historia y las mentalidades. No obstante el que escribe piensa que el uso de la violencia es equivocado.

Con todo, O’Squarr al escribir lo hace de un modo que puede llamar a una doble percepción. Si bien es cierto que su libro es una crítica al anarquismo con cierto sentido del humor basado en lo irónico, también es cierto que la reproducción de determinados argumentos anarquistas, o determinados pasajes pueden ayudar a cierta propaganda del anarquismo mismo. De hecho, da la sensación de que el autor critica seriamente el anarquismo violento, pero de igual modo parece que critica la situación social de injusticia que ha dado lugar a éste, a la par que para los teóricos pacíficos del anarquismo, como Proudhon o Koprotkin, no tiene ataques, sino buenas palabras acerca de que sus ideas no son seguidas por las nue-

vas generaciones anarquistas, a las que acusa de incultura y de no haberles leído. De hecho, buena parte de sus ataques estriban precisamente en eso, en la falta de preparación de los anarquistas violentos. Les acusa de poner bombas por tener espíritu de criminales y falta de preparación intelectual, aunque dedica un capítulo entero a explicar cómo se preparan bombas caseras asegurando que un anarquista no podría hacerlas precisamente por esa falta de conocimientos. Es sin duda toda una contradicción en sus argumentos, algo que desbarataría todo su libro sin más, si no fuera por el hecho de que efectivamente se ponían bombas y se disparaba a los más destacados miembros de las clases altas. Pero es esta una visión sesgada e interesada, llena de juicios previos del autor, ya que en realidad no responde exactamente con la realidad. Émile Henry, por ejemplo, fue un anarquista guillotinado a los 22 años en 1894 por haber logrado hacer estallar dos bombas, una en un café en 1892 y otra en una calle. Este joven era un estudiante brillante que incluso gozaba de una beca que rehusó.

En todo caso, la principal acusación que hace O'Squarr acerca de la formación anarquista de estos violentos se basa en afirmar que eran personas resentidas con la sociedad a causa de su permanente desempleo, trágicas circunstancias personales de sus vidas y lecturas de periódicos anarquistas que menospreciaban a los teóricos y aplaudían y propugnaban lenguajes violentos y de argot para defender la idea de la violencia como mejor medio de propaganda. A esto se aunaba, según el autor, otro tipo de instrucción popular, como podían ser las canciones anarquistas que se componían en la época y que evocaban una revolución violenta (no obstante hay que tener en cuenta que hasta la revolución burguesa que dio la democracia en Francia entre 1789 y 1799, o en 1830, o en 1848, o en 1870-1871 fueron mediante la violencia, no mediante las palabras). El periódico *Père Peinard* es el más atacado por él. Es cierto que teóricos y violentos estaban distanciados. Aún más, muchos de los anarquistas pacifistas no llegaron a considerar a los anarquistas de la propaganda por el hecho como anarquistas, sino como antisociales o como simples delincuentes. Algunos de los periódicos anarquistas de los pacifistas condenaban abiertamente el uso de la violencia por estas personas, como *La Révolte*, de Koprotkin y Reclus. Lo cierto es que en esa época el anarquismo andaba dividido entre estas dos tendencias y aunque la más llamativa,

por lo temible de sus acciones, era la violenta, ésta era minoritaria entre los militantes, por más que sean los violentos los que más se hicieran oír y los que han dejado un regusto amargo incluso actualmente acerca del anarquismo. De hecho, tras 1894 en Francia se impondrá en general otra tendencia que se alejaba todavía más de lo que lo hicieron los teóricos de la violencia. Se trata del anarcosindicalismo. Su principal propulsor fue Tortellier, y sus esfuerzos dieron a la luz en 1906 al sindicato CGT. La idea era aglutinar a todos los obreros, fueran de las ideas que fueran, en una defensa óptima de sus derechos mediante la libre asociación y el uso de la huelga en los casos necesarios. La dirección debía tratar de ser bajo ideales de libertad y sin jerarquías. Unos ideales anarquistas que, no se ocultaba, pretendía caracterizar y fomentarse en el sindicato. Hubo anarquistas teóricos de la vieja guardia que pensaban que esto era un error, pues se debía propagar el anarquismo desde opciones individuales y después la asociación si ésta se quería en un solo sindicato, y no tanto la idea de aglutinar a todos vinieran de donde vinieran. Lo cierto es que la CGT se fundó con un carácter revolucionario que a lo largo de las décadas se ha limado hasta el carácter sindicalista actual alejado de esa fuerza revolucionaria anarquista inicial. Sin embargo, todas estas tendencias son ignoradas por O'Squarr, que sólo se fija en los anarquistas de la propaganda por el hecho, los violentos.

Flor O'Squarr está especialmente obsesionado con uno de esos anarquistas violentos, uno que, por otra parte, fue considerado por bastantes anarquistas pacifistas como uno de esos antisociales o un delincuente y no como un libertario. Se trata de François Claudius Koenigstein, más conocido como Ravachol. Conocía las ideas anarquistas por un mitin feminista anticlerical y antirreligioso al que asistió y por un panfleto que leyó en unos momentos de su vida en los que se encontraba en el desempleo. Antes de ser anarquista había sido huérfano de padre de muy niño. Su madre le colocó en varios trabajos duros para un niño y, según creció, fue peor cuando con una hermana muerta y después su madre y su otra hermana enfermas no encontró empleo alguno y comenzó a robar para sobrevivir y sacar adelante a su familia. Fue entonces cuando ocurrieron sus primeros contactos, fortuitos, con el anarquismo, aunque previamente pasó una crisis de fe que le hizo ateo. En realidad su vida hubiera pasado

inadvertida si no fuera porque se convenció de que la gente como él, sin apenas haber pisado una escuela, comprendía mejor las cosas cuando veía con sus ojos actos y no tanto si oía palabras. De este modo Ravachol inició lo que se llamó propaganda por el hecho. Creía en la violencia en la revolución, ya que según él la violencia era lo que había permitido a la burguesía estar donde estaba sometiendo a los trabajadores. O'Squarr nos habla entonces de las bombas que colocó (dos, una en una comisaría y otra contra un magistrado que le habría de juzgar a él mismo más tarde) con ayuda de un grupo de otros terroristas, aunque una de ellas sólo había originado un herido. Ravachol fue capturado en un bar donde intentaba adoctrinar en el anarquismo a un camarero que acababa de salir del ejército, y tras mencionar el atentado contra el magistrado horas antes de que la noticia se extendiese por París. Fue condenado junto a uno de sus compañeros a cadena perpetua en 1892, pero poco tiempo después se le volvió a juzgar, esta vez por el asesinato de un párroco en 1891. O'Squarr le acusa incluso de asaltador de tumbas y haber robado el anillo de una noble rica difunta. Lo cual no es exactamente cierto.

Ravachol vivió una etapa de delincuencia desde aquel primer contacto con el anarquismo y la colocación de las bombas en venganza por la condena que se le imputó a un anarquista llamado Foure. En ese intermedio había conocido a una joven casada más o menos adinerada de la que se enamoró. Ambos vivieron una aventura que les llevó a vivir juntos. Ravachol tenía miedo a perderla por no poder mantener el ritmo de vida con el que ella había estado viviendo. Por ello se dedicó a robar, falsificar moneda o hacer contrabando, para poder mantener ese estatus. El lector podrá juzgar por sí que esto no son actos muy de los ideales anarquistas, aunque bien es cierto, como indica el propio O'Squarr, que hubo personas que se decían afines al anarquismo para poder atemorizar a su casero y librarse del alquiler, por ejemplo. Son personas que realmente perjudican la imagen de un ideal, peor, que no pertenecen al ideal. Dentro de la dinámica de vida de Ravachol, se enteró de la muerte de una baronesa y creyó que la habrían enterrado con sus joyas. Varios días después de la muerte entró en la cripta y abrió la tumba. Hubo de intentarlo dos veces, una primera por falta de fuerzas y miedo a ser descubierto, la segunda le interrumpió el humo de unas flores secas a las que prendió fuego para ver.

Nunca llegó a robar el anillo que cita O'Squarr, aunque no por falta de intento. Tras todo esto supo de la historia de un párroco que vivía alejado de un pueblo que podría tener una considerable suma de dinero en su casa. Fue allí con la idea de timarle o robarle. Como quiera que el anciano sospechó de él, Ravachol intentó que no gritara. Le metió un pañuelo en la boca y presionó con sus manos, aparte de que él estaba subido sobre el anciano, tumbado en una cama. Esto fue fatal. El párroco murió y Ravachol decidió terminar al menos el trabajo robando el dinero, que tuvo que ir sacando en varios días. Es cierto que fue arrestado en su propio alojamiento días después, pero se fugó. Fue entonces cuando ocurrió lo del anarquista Foure, su condena en el Proceso de los Treinta (durante una huelga reprimida por problemas laborales en una mina se produjo un acto violento en respuesta que provocó la condena a muerte de Foure). Ravachol se prometió vengarlo, lo que ya está contado más arriba en su desenlace. Como se puede observar la vida de Ravachol no es exactamente muy anarquista, pero en su época hubo quien le juzgó así, un anarquista de la propaganda por el hecho. En buena parte se debe a otro escritor, uno salido de la burguesía que amaba el romanticismo social. Se trata de Mirbeau, que escribió de Ravachol ensalzándole como a un héroe. Popularmente también ocurría lo mismo. En determinados ambientes crearon canciones que le trataban como héroe de los trabajadores después de su ejecución, y *Père Peinard* le hizo propaganda. Todo esto no pudo menos que provocar la fama póstuma de Ravachol, el cual tuvo un alegato en su defensa durante su propio juicio que es lo que le ha encumbrado como anarquista, a pesar de la vida que llevó, y que surgieran por Francia, hasta 1894, muchos anarquistas violentos dispuestos a imitarle. El caso más destacado es el de Caserio, que en 1894 asesinó al presidente de la República Francesa, Carnot, mandando al día siguiente una fotografía de Ravachol a la viuda con el lema: "él está vengado". Surgieron incluso grupos que se dedicaban a la delincuencia para sobrevivir, sin pretensión anarquista alguna, pero que se ampararon en su defensa en ideales anarquistas. No es raro, hoy día, este mismo año de 2008, tenemos un ejemplo de este mismo comportamiento deleznable por cuanto utiliza para manchar al anarquismo. Se trata del caso del ladrón de bancos "El Solitario", que llegó a malherir a diversos trabajadores y matar a agentes de los cuerpos de seguridad del Estado, en su defensa

alegaba ser anarquista, aunque ni uno sólo de los anarquistas le reconoce como tal.

En todo caso, y pese a que O'Squarr sólo habla de la violencia del anarquismo a través de figuras dudosas como Ravachol, no quita para que el libro sea un documento interesante a tener en cuenta para observar una apreciación sobre el anarquismo de alguien que no comparte las ideas de libertad en el sentido que este pretende propugnar. Es un documento histórico que quizá nos ayuda también a comprender de dónde venía y viene el recelo total a las ideas anarquistas en aquella época y en la actual. La violencia fue un error siempre y lo seguirá siendo. Su única propaganda ha sido la de ahuyentar de unos ideales nobles a toda persona. El anarquismo es en sí libertad, y las creencias e ideas no se expanden mediante la imposición con bombas. Puede que O'Squarr no mencionase, o no conociese, detalles de las vidas de aquellos sobre los que escribe, pero desde luego los actos de los que escribe estaban ahí, a los ojos de todo el mundo, pese a que los pacifistas también hablaran... las bombas suenan más que las palabras, tristemente. Claro queda que la propaganda por el hecho fue abandonada en general por el anarquismo francés desde 1894, cuando empezaron a abrazar en general nuevas ideas pacíficas de anarquismo basado en los sindicatos obreros y en el anarcosindicalismo. Francia había aportado innumerables pensadores al movimiento, e incluso tuvo el episodio de La Comuna de París en 1870-1871, con fuertes tendencias anarquistas, pero a comienzos del siglo XX el anarquismo iba a la baja, y aumentaba en España. Muy posiblemente en Francia fue la publicidad y lo desastroso de la violencia lo que creó la crisis anarquista, por más que la CGT haya sido un éxito como sindicato abierto y libre. El 7 de agosto de 1890 el español Fernando Tarrida escribía una carta a *La Révolte* donde se leía:

De lo expresado nace nuestra táctica. Somos anarquistas y expresamos nuestro anarquismo sin adjetivos. La anarquía es un axioma y la cuestión económica algo secundario. Se nos objetará que es por la cuestión económica por la que la anarquía es una verdad. Pero nosotros creemos que ser anarquista significa ser adversario de toda autoridad e imposición y, por consecuencia, sea cual sea el sistema que se preconice, es por considerarlo la mejor defensa de la anarquía, no

deseando imponerlo a quien no lo acepta ("Anarquía sin adjetivos": *Germinal* 4, octubre de 2007, p.131).

Dicho esto, no hay mucho más que añadir.

Daniel L. Serrano

Godwin, el puente que lleva al anarquismo moderno

Raquel Sánchez:

La razón libertaria

(Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid 2007). 222 páginas.

Como bien señala la autora Raquel Sánchez en la introducción del libro, la intención más general de su trabajo sobre William Godwin es mostrar la radical transformación del mundo de las ideas que se produce a finales del siglo XVIII. Dos son las consecuencias más importantes de esa situación: el pensamiento político sufrirá una reorientación hacia la reflexión antropológica y el liberalismo se diversificará en distintas corrientes. *La razón libertaria* constituye una obra fundamental para conocer en profundidad las ideas de William Godwin, al que la autora caracteriza por un individualismo extremo y una confianza ilimitada en la educación -que Sánchez considera heredada de Rousseau, el cual a su vez la toma de Platón- cuyo pensamiento establece el puente necesario para que tomara forma el protoanarquismo. El siguiente extracto nos da una idea de lo fundamental de la soberanía individual en el pensamiento godwiniano, con la crítica a pensadores políticos fundamentales: "para el pensador británico hay que introducir el respeto a la individualidad, que no está comprendido en la vaguedad con que Rousseau emplea el término 'pueblo'" (p.78). Y esta cuestión es clave para situar a Godwin en la tradición libertaria, algo que parece ha dado lugar a dudas y que es incuestionable en mi opinión, al menos si hablamos de una época donde el anarquismo moderno puede

estar viviendo su prehistoria. El título de la obra no es gratuito, Godwin representa la orientación libertaria del racionalismo, a la confianza en que el criterio moral ha de regir el comportamiento humano se une la concepción de una sociedad sin gobierno que garantice justicia e igualdad. El trabajo de Raquel Sánchez no puede ser más completo, estructurado en una serie de capítulos que abordan aspectos múltiples del pensamiento de Godwin. El primero de ellos hace un breve repaso a su trayectoria vital y a su formación -con influencias tan heterodoxas como las sectas protestantes disidentes, los clásicos griegos y latinos, la tradición británica o los pensadores franceses-, sin profundizar excesivamente en su biografía al existir ya excelentes trabajos al respecto. La controversia que produce la Revolución francesa en Gran Bretaña, junto a la evolución que desembocaría en la independencia de las colonias americanas, es el contexto en el que Godwin publica su obra más conocida, *Enquiry Concerning Political Justice*, y Sánchez dedica especial atención en otro capítulo a ese momento clave en la historia inglesa para el posterior asentamiento de ciertas libertades. El grueso de *La razón libertaria*, como es lógico, está dedicado al pensamiento de William Godwin, prestando especial atención al ambiente donde se formó -como su especial lectura del utilitarismo, que no pierde nunca de vista el horizonte moral al ser instrumento para la justicia y la verdad-, que ayudará a configurar su forma de entender el mundo. Como ya he mencionado antes, racionalismo y moralidad son los dos pilares del pensamiento de Godwin, sin que el libro deje a un lado sus análisis sobre economía, sobre la propiedad y su concepción de una sociedad más justa, recogiendo el importante legado del autor para los posteriores movimientos anarquistas y socialistas. Este capítulo se cierra con la confianza en la perfectibilidad del ser humano y con el concepto de benevolencia -surgido de la traslación de la moralidad al ámbito político-, tan propio de Godwin y de otros autores coetáneos suyos, como fundamento de las relaciones humanas. "El camino de la libertad es, necesariamente, el del perfeccionamiento moral del hombre, el camino hacia la verdad" (p.72); esta es la perspectiva de Godwin, que permite al ser humano escapar al determinismo de causas externas. La producción literaria del autor, y en concreto el análisis de su novela más famosa *Caleb Williams*, en la que plasma sus principios políticos, es el objeto de otro de los capítulos del libro. Mención

especial merecen también los apartados dedicados al romanticismo inglés y al análisis de la obra del poeta Shelley desde la perspectiva godwiniana, mostrando también diferencias esenciales. "Shelley también contempla el perfeccionamiento moral, pero carga sus esperanzas en las posibilidades de la imaginación como fuerza creadora, como elemento capaz de modificar el mundo con más opciones de éxito que el lento cambio moral" (p.162). Una breve alusión a Mary Godwin, más conocida por Mary Shelley, que nunca acudió a la escuela y fue el producto de los experimentos educativos de su padre y de los textos pedagógicos que escribió su madre, Mary Wollstonecraft. Si no se dedica especial atención en *La razón libertaria* a la autora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, libro que escribió antes de cumplir los veinte años, es por carecer su obra de sentido político; la influencia de su padre se da, sobre todo, en el terreno literario. Incluso, se demuestra mucha valentía en el siguiente pasaje, tomando como punto de partida que la novela de Mary se desarrolla en un mundo donde las pasiones se desatan y en un contexto histórico muy diferente al de Godwin en el que la fe en la Razón se va diluyendo: "existe la posibilidad de contemplar la principal obra de Mary Shelley, *Frankenstein*, como el reverso de la filosofía de su padre. Probablemente sin pretenderlo, el relato de Mary saca a la luz las contradicciones de la filosofía godwiniana y, en general, de la fe en el progreso y en el intelecto del hombre" (p.166). El último capítulo lo dedica Raquel Sánchez a hablar de la influencia que Godwin tendrá en autores y movimientos posteriores, como es el caso del socialista utópico Robert Owen -unidos por una fe inquebrantable en el ser humano y en su perfectibilidad-, y del anarquismo en general. No esquiva la autora temas controvertidos, como el de la lectura utópica que puede tener el pensamiento de Godwin, aunque aclarando "la amplia gama conceptual" que posee el término "utopía" (donde cabe mucho más que "lo irrealizable"); así, se produce la crítica a la infabilidad que tenía el autor inglés en su manera de entender el progresivo perfeccionamiento intelectual del ser humano, pero aclarando inmediatamente después los parámetros por los que se regían los pensadores de aquella época. En el apartado sobre Godwin y el anarquismo, se recuerda la atención que ha merecido este autor en las últimas décadas "por ofrecer facetas muy distintas de las del anarquismo continental", siendo más cuestionable la afirmación "y ser considerado el

principal ideólogo del anarquismo filosófico e individualista" (p.172). Una comparación entre pensadores anarquistas posteriores como Bakunin, que entendía la libertad en sentido muy amplio, y Godwin, donde la libertad estaba condicionada por los conceptos de necesidad y benevolencia, no debería insistir en la divergencia y sí en la enorme riqueza de la tradición anarquista. En definitiva, una obra notable, presentada en una cuidada edición por la Fundación Anselmo Lorenzo, sobre un autor fundamental que forma parte ya, de manera incuestionable, de la historia del anarquismo.

José María Fernández Paniagua

Verdadera Memoria Histórica

José Luis Gutiérrez Molina:

Casas Viejas. Del crimen a la esperanza

(Almuzara, Córdoba 2008). 480 páginas.

Casas Viejas, palabras mágicas del imaginario colectivo libertario. De esta localidad gaditana (aunque mil veces le cambien el nombre, mil veces más será recordado por el crimen allí perpetrado) surge la historia, o más bien, las historias que dan razón a este libro.

El compañero José Luis Gutiérrez Molina, en su libro Casas viejas. Del crimen a la esperanza, viene a arrojar luz sobre la vida de dos quijotes del Ideal. Una, María Silva "Libertaria", muy recordada por su trágica presencia en la matanza del gobierno republicano en Casas Viejas y por su aún más trágico final a manos de las hordas fascistas que el 18 de julio de 1936 bañaron en sangre España.

Otra, una figura que pocos recuerdan ni siquiera entre las filas libertarias, Miguel Pérez Cerdón. Este cenetista y miembro de la FAI, periodista, luchador anarcosindicalista y primer narrador y testigo de la matanza de campesinos en la localidad gaditana.

Desde Casas Viejas se inicia el libro que nos guía a través del dramático viaje que hacen sus protagonistas desde 1933 a 1939.

Esta doble biografía narra no sólo el devenir de sus protagonistas sino también el de toda una generación. Con la vida y la muerte de María Silva y de Pérez Córdón asistimos primero a la desilusión de campesinos y trabajadores con un régimen aparentemente destinado a sacarlos de la miseria en la que los mantenía el feudalismo imperante. Posteriormente, el relato nos traslada a la sinrazón del poder que masacra a quienes no se someten. En el año 33 y posteriores, el poder asesino toma forma de Estado Republicano; a partir de 1936 serán las tropas fascistas quienes elevarán el nivel de la masacre. La zona de nuestros protagonistas apenas conoció la guerra, pasó casi directamente a la postguerra. Los asesinatos en masa se multiplicaron. Las cunetas se llenaron de muertos. Muertos, que muchos aún, por no decir la mayoría, siguen ahí.

Este imprescindible trabajo de Gutiérrez Molina nos adentra en la muerte de María Silva. Una muerte que viene cargada además con la humillación de ni siquiera poder constar como víctima: es una desaparecida. Pero al drama de su asesinato se suma la ignominia a la que someten a su hijo. Perdiendo su nombre por obra y gracia de los elegidos de dios (no lleva mayúscula porque los asesinos imaginarios no me merecen ningún respeto). Este doble drama acompañará a Pérez Córdón a lo largo de su vida. Más bien su corta vida, ya que será otra víctima de la victoria.

Conocemos a un Córdón que asume la entrada en el gobierno de la CNT como algo necesario para la victoria. Sólo la unidad de todos los trabajadores podía hacer que el fascismo no venciera. Unidad que no significa separar Guerra y Revolución. Sabía nuestro protagonista que pese a los defectos del proceso revolucionario, sin él, no se podría alcanzar la victoria. De ahí que para Córdón los militantes cenetistas debían ser el espejo del cambio social. Él mismo llegó a efectuar el examen de la Escuela Popular de Guerra, lo aprobó e iba destinado a ser miembro de la nueva Guardia Nacional Republicana, pero la necesidad de buenos y valientes periodistas le libró de convertirse en un guardia civil.

Gutiérrez Molina nos enseña la vida de Pérez Córdón, su trabajo constante como periodista libertario, ya sea como simple redactor o como director de periódico a lo largo de la guerra. Vemos su constante enfrentamiento con el poder, con su censura de guerra, con todos aquellos que pretendían cercenar su trabajo. Criticará la actitud de algunos sectores

antifascistas (en especial los comunistas), los acaparadores y todos aquellos que ponían en peligro el triunfo revolucionario.

Acompañamos a Pérez Córdon también como soldado en la 28 División, de nuevo como periodista en la ciudad que le verá morir, Cartagena. En la Alameda de San Antón encontrará la muerte. Como todo en él, hasta su asesinato fue polémico. Unos lo atribuyeron a sectores cenetistas proclives a la negociación con Franco, otros a los comunistas. La realidad es que fueron las mismas balas fascistas que mataron al amor de su vida las que acabaron con él.

En esta época de hipocresía, donde jueces estrella utilizan la memoria histórica para rellenar currículum (¿buscarán el Nobel?) mientras sus compañeros de viaje hablan de los desmanes de los anarquistas, es más que necesario que libros como éste vean la luz. Gutiérrez Molina a través de un libro ameno y fácil de leer (aunque en ocasiones los ojos se humedezcan y el corazón se hiele) nos acerca a la verdadera memoria histórica, aquella que no renuncia a los ideales, que no se pliega a exigencias políticas, que no se arrepiente de lo que hizo, sólo de lo que no hizo.

Marcos Ponsa González-Vallarino

Carlos López: *¿Qué es el Archivo de la Corona de Aragón?*

(Mira Ediciones, Zaragoza 2007). 178 páginas

Speculum: vida y trabajos del Archivo de la Corona de Aragón

(Irta, Barcelona 2008). 142 páginas.

Este año han aparecido dos libros relativos al Archivo de la Corona de Aragón que resultan bastante interesantes para cualquier curioso en la materia. Ambos han sido escritos por Carlos López, actual director de ese Archivo.

El primero de ellos, *¿Qué es el Archivo de la Corona de Aragón?*, pudiera

haber surgido como consecuencia de las controversias actuales sobre la integridad de los fondos documentales en los archivos. El autor hace una historia amena sobre los orígenes del Archivo de la Corona de Aragón (1318), fundado por Jaime II, que llega hasta nuestros días. Dedicar un amplio capítulo al siglo ilustrado, iniciado con la Guerra de Sucesión y la dinastía borbónica, siguiendo con el siglo XIX (Guerra de la Independencia incluida) hasta llegar a la actualidad.

Lo que nos ha parecido, sin duda, más interesante del libro ha sido la honestidad del autor a la hora de expresar sus planteamientos profesionales y éticos en lo relativo al tratamiento del fondo documental. Todos hemos oído hablar de los papeles de Salamanca a propósito del traslado de documentos del Archivo de la Guerra Civil a la Generalitat de Cataluña por considerarse que esos documentos pertenecían a la institución catalana al haberse requisado muchos de ellos con motivo de la contienda. De seguir esa teoría, los Archivos quedarían convertidos en un batiburrillo de documentos sueltos, sin unidad orgánica, y desaparecido su carácter histórico (al irse agrupando los documentos, se convierten en históricos). Por otra parte ¿qué sucedería con el resto de las instituciones? ¿Se llevarán la CNT o la FAI también sus documentos, o irán a parar algunos a la Generalitat? Cambiaríamos las orejas por el rabo. Por otra parte, ante los avances de la reproducción documental tan importantes, ¿no bastaría con entregar copia “fidedigna” de los documentos y no deshacer un archivo cuya formación ya forma parte de la historia? Aparte de reconocer la propiedad a las organizaciones expoliadas, claro.

En el Archivo de la Corona de Aragón hay una sección titulada “Generalidad de Cataluña” (del mismo modo que hay otra de “Órdenes Religiosas”, “Real Audiencia” o “Real Patrimonio”) que llegó de modo progresivo, a medida que se iban generando los documentos, desde el siglo XIV. ¿Se trasladarán ahora a la actual Generalidad, para que se custodien en ella? Entonces, el Archivo de la Corona de Aragón dejaría de ser lo que es. Del mismo modo que si se le sustrajera una serie de documentos. Como indica su autor, “proyectar hacia el pasado nuestras actuales estructuras políticas o administrativas puede acabar con instituciones de vida secular que, naturalmente, surgieron en un contexto social e institucional harto diferente del que hoy conocemos, sobrevivieron a todo tipo de avatares históricos y son el producto y el testimonio de la Historia”. Más claro imposible.

El segundo libro es más personal: *Speculum: vida y trabajos del Archivo de la Corona de Aragón*. El autor hace un recorrido novelado por la historia del Archivo. El libro está concebido a modo de memorias, con un narrador que va reflexionando sobre la vida de los archiveros y la historia del archivo. Para ello recurre a los personajes que le son más simpáticos: desde Saramago a Serrat, pasando por otros muchos que influyeron en él. Además, relatando la historia del Archivo (de un modo muy ameno, por cierto, y en ocasiones chispeante), a través de quienes se encargaron de él, nos introduce en aquella atmósfera medieval (con Jaime II, Alfonso el Magnánimo o Pedro el Ceremonioso) para atravesar los siglos XVI y XVII (con Felipe II, Cristóbal Colón o Wifredo el Velloso). Recorre luego los siglos XVIII y XIX (aparecen, entre otros, el conde de Floridablanca, Fernando VII o el general Castaños, que entregó la documentación de la Junta Superior de Cataluña). Y, por último, el siglo XX, con sus mezquindades y el triste desenlace de la guerra civil.

El hilo conductor del texto, a través de su director actual, rememorante, son los diversos responsables del Archivo desde el principio de sus tiempos: hemos conocido las desventuras de Ferrer de Magarola, que iniciaría en 1363 la práctica de anotar los ingresos de documentación; las obsesiones de Francesc Carbonell y sus sucesores; o la profesionalidad de Francisco Javier de Garma y Durán. Pero quizás su preferido sea Próspero de Bofarull, ilustrado y apasionado por el mundo de los documentos históricos, que dedicó todas sus fuerzas a la actividad archivística y la transmitió a su hijo, que continuaría sus trabajos. Parece habitual en la historia del Archivo de la Corona de Aragón la sucesión de padres e hijos en su funcionamiento. También nos ha interesado la historia del Archivo durante la República y la guerra civil, contada de modo breve pero certero (allí estuvieron Fernando Valls Taberner y Ernesto Martínez Ferrando). La historia llega hasta 1961, fecha en que se jubiló Martínez Ferrando. Nuestro autor ha preferido dejar ahí la historia siguiendo, como él mismo dice, a Manuel Tuñón de Lara, que consideraba necesario que pasaran cincuenta años al menos para poder mirar el pasado con la mínima imparcialidad exigible a un historiador.

Recomendamos la lecturas de los dos libros que, además, son complementarios.

I. B.